

ILUSTRA ESTE NÚMERO:

## Gabriel Macotela

Los dibujos y pinturas que ilustran este número del Boletín son obra del artista tapatío Gabriel Macotela y forman parte de la exposición Aventura de la mirada que el año pasado le organizó el Centro Cultural Indianilla de la ciudad de México. La muestra consta de una serie de tintas y acrílicos sobre papel de mediano y gran formato, realizada entre el 2006 y el 2008, cuya temática aborda el paisaje en un sentido marcadamente lírico y en dos direcciones que apreciamos como principales: la de lo orgánico-biológico y la de lo inorgánico-industrial, que se conjugan en originales planos estructurales en donde el autor pone en juego sus intuiciones creadoras para lograr atractivas armonías entre el blanco y el negro de las tintas y el color de las pinturas.

Macotela es un artista comprometido con su entorno, y para la crítica especializada desarrolla un discurso plástico acorde con la realidad circundante, a veces decadentista, cuando se refiere a situaciones sociales que afectan al hombre a causa de la crisis, la guerra, el totalitarismo, etcétera. No obstante, su obra artística la desarrolla sin enredarse en los métodos y reflexiones que lo lleven al callejón del los “ismos”, en el que suelen caer algunos creadores seducidos por la autocomplacencia y la catalogación. Su acción creadora se torna a veces experimental, pero también reflexiva, y en su obra plástica logra atractivos acabados, composiciones o volúmenes que impactan la visualidad y condición anímica de quienes lo contemplamos. En sus trabajo se refleja asimismo toda su pasión como artesano y artista, así como su amor por las superficies transgredidas por el tiempo, que de tan derruidas parecen representar los principios civilizatorios. Su obra ha sido elogiada por la crítica nacional e internacional, que le han prodigado diversos reconocimientos en su trayectoria profesional.

Sobre su formación artística él mismo señala: “me tocó la suerte de pasar por una muy buena época, preciosa, de



la Academia de San Carlos, donde había maestros maravillosos como Felguérez y Aceves Navarro, con quien estudié. Y toda ésta fue también la época de los grupos, yo pertencí al grupo Suma y a mí me tocó la formación en San Carlos, la cual marcó mucho de mi trabajo en los cuatro o cinco años que estuve ahí”. Aunque las imágenes aquí seleccionadas se refieren al dibujo y la pintura, Macotela también se distingue por su trabajo escultórico en donde incursiona con una variedad de técnicas y materiales como la cerámica, el metal o las maquetas, lo mismo que en el grabado, de producción considerable y en múltiples técnicas, logrado con los mismos estándares de calidad de sus pinturas y esculturas.

Como pintor, escultor y grabador no oculta su renovada pasión hacia la “caótica, bella y fea” ciudad de México, adonde llegó de niño con su familia y en donde decidió quedarse para empezar a quererla y disfrutarla casi sin darse cuenta. Esa actitud se refleja en la mayor parte de su obra cuando explica: “siempre me ha gustado el tema urbano, la arquitectura, la construcción y el hombre dentro de esta terrible ciudad que tiene de todo, además de su problemática social, política y demás, en que también he participado. [...] Las urbes disparan cantidad de elementos visuales, de lenguajes, de maneras de vivir, de comunicarse, de la velocidad, del tiempo y de la estética misma. Provocan miles de cosas. La ciudad se ha vuelto un fenómeno muy explosivo en la pintura, la literatura, el cine, en todo”. Lo que en esta publicación se muestra de su obra refleja esa particular percepción suya, y agradecidos con él estamos por permitirnos reproducir las imágenes de Aventura de la mirada (N. del E.).

## Hispanos y levantinos en el comercio del Caribe mexicano, 1880-1914

**E**l 18 de noviembre de 1903 llegó al puerto de Veracruz, procedente de Kartaba, Líbano, Domingo Kuri Ziadi. El inmigrante, de más de 1.70 metros de estatura, tez morena, ojos castaños, pelo negro, nariz recta y tan joven como otros inmigrantes llegados a México entre los 16 y 18 años de vida, fue sin duda el recuerdo más vivo del agradecimiento de sus paisanos y un ejemplo significativo de un proceso migratorio de origen externo llegado a México entre 1880 y 1914, cuyo devenir se insertó en la intensa actividad comercial de los puertos caribeños.<sup>1</sup> Así como Domingo recibió a sus paisanos procedentes del Monte Líbano y otras zonas del Levante, recién llegados a la principal rada de México, les ofreció un préstamo o les facilitó créditos ventajosos para adquirir las primeras agujetas, telas o listones que empezaría a ofertar de casa en casa para abrirse un camino más próspero en tierras mexicanas, muchos inmigrantes procedentes de otras latitudes también recibieron la ayuda o la buena acogida de familiares y paisanos para llegar a América en esos años.

Aunque en el caso mexicano el número más crecido de inmigrantes externos llegó a Veracruz y Progreso —principales puertos de ingreso de los flujos transoceánicos en México— y sólo pasaron unos días o semanas en dichas localidades, para buscar nuevos derroteros en ciudades interiores de clima más benigno, algunos optaron por avecindarse en los puertos

\* Dirección de Estudios Históricos, INAH.

<sup>1</sup> Domingo Kuri formó en el puerto de Veracruz el almacén El Arca de Noé, en sociedad con Salomón Nasta. El prestigiado almacén también servía para surtir a sus compatriotas y como consulado del Medio Oriente en Veracruz; AGN, Registro Nacional de Extranjeros (AGN-RNE en adelante), tomado de Stella María González Cícero y Jorge Nacif Mina (coords.), *Libaneses en México*, México, Archivo General de la Nación/Fideicomiso para la Preservación de la Memoria de México/Instituto Cultural Mexicano Libanés, A. C., México, 2001, s.p. (disco compacto); Carlos Martínez Assad y Martha Díaz Kuri, "Los libaneses un modelo de adaptación", en Carlos Martínez Assad (ed.), *Veracruz, Puerto de llegada*, México, H. Ayuntamiento de Veracruz, 2000, pp. 70-72; Patricia Jacobs Barquet, *Diccionario enciclopédico de mexicanos de origen libanés y de otros pueblos del Levante*, México, Fonca/Inversora Bursátil/Sanborns/Ediciones del Ermitaño Minimalia, 2000, p. 232.

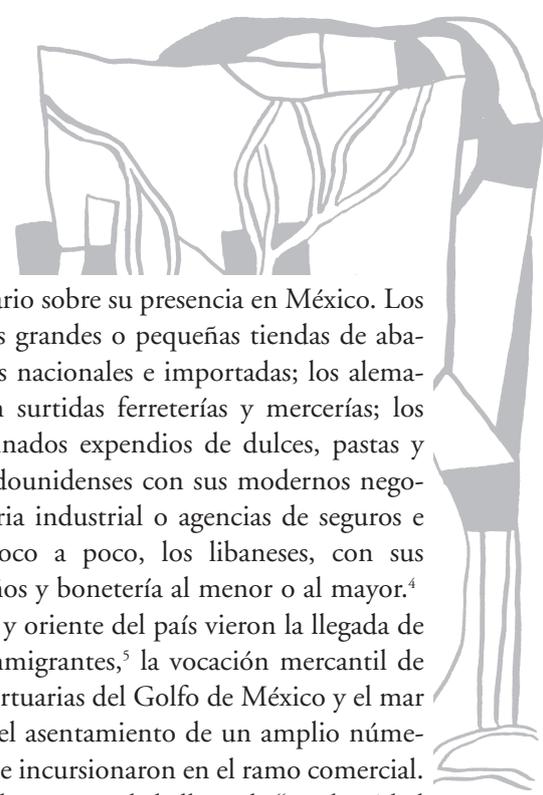


marítimos y fluviales de la región caribeña. Hacia 1895, aunque Veracruz y otras radas menores del cantón del mismo nombre como Alvarado y Tlacotalpan concentraron a más de la mitad de los extranjeros residentes en localidades porteñas, otros núcleos se asentaron en San Juan Bautista, Ciudad del Carmen, Progreso, Campeche, Minatitlán, Puerto México y Tuxpan, y a cuenta gotas en Frontera, Tecolutla, Nautla, Champotón, Sisal, Cozumel y aun en Puerto Morelos.<sup>2</sup>

Si bien la solidaridad entre inmigrantes de un mismo origen nacional o regional, filiación étnica o cultural, en buena medida ha sido un elemento constante en la dirección y la intensidad de los trasvases de población de carácter internacional a largo plazo, la existencia de múltiples redes familiares y sociales vinculó a las naciones proveedoras con las receptoras. Más allá de los entramados asociados a los grandes flujos de inversión, los acuerdos internacionales o las políticas públicas en materia migratoria,<sup>3</sup> la herencia étnica o cultural y el nicho económico de inserción mayoritaria en los puertos del Caribe hispano, también definió la peculiaridad de los inmigrantes asentados en ellos y

<sup>2</sup> Dirección General de Estadística (MDGE), *Censo general de la República Mexicana. Verificado el 20 de octubre de 1895. A cargo del Dr. Antonio Peñafiel*, México, Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, 30 vols., 1897-1899; MDGE, *II Censo de la República Mexicana. Verificado el 28 de octubre de 1900. Conforme a las instrucciones del Dr. Antonio Peñafiel*, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 30 vols., 1901-1905; MDGE, *III Censo de población de los Estados Unidos Mexicanos, Verificado el 27 de octubre de 1910*, México, vol. I, Oficina Impresora de la Secretaría de Hacienda, Departamento de Fomento, 1918, 556 pp.; vol. II, Departamento de Aprovevisionamientos Generales, Talleres Gráficos del Gobierno Nacional, 1918, 1342 pp.; vol. III, Poder Ejecutivo Federal, Departamento de Aprovevisionamientos Generales. Dirección de Talleres Gráficos, 1920, 1106 pp. (*Censos generales de población, 1895-1910*, en adelante). Información sobre nacionalidad, en base a la MDGE, *División territorial de los Estados Unidos Mexicanos*, formada por la Dirección General de Estadística, México, Imprenta y Fototipia de la Secretaría de Fomento, 1912-1917 y Secretaría de Agricultura y Fomento, 30 vols., 1918-1919.

<sup>3</sup> Sobre la teoría de los sistemas migratorios véase Stephen Castles y Mark J. Miller, *La era de la migración. Movimientos internacionales de población en el mundo moderno*, México, Universidad Autónoma de Zacatecas/Instituto Nacional de Migración/Fundación Colosio/Miguel Ángel Porrúa (Conocer para decidir), 2004.



perfiló el imaginario sobre su presencia en México. Los españoles con sus grandes o pequeñas tiendas de abarrotes y conservas nacionales e importadas; los alemanes con sus bien surtidas ferreterías y mercerías; los italianos con refinados expendios de dulces, pastas y confites; los estadounidenses con sus modernos negocios de maquinaria industrial o agencias de seguros e inversiones; y poco a poco, los libaneses, con sus comercios de paños y bonetería al menor o al mayor.<sup>4</sup>

Aunque el sur y oriente del país vieron la llegada de otros flujos de inmigrantes,<sup>5</sup> la vocación mercantil de las localidades portuarias del Golfo de México y el mar Caribe permitió el asentamiento de un amplio número de fuereños que incursionaron en el ramo comercial. Así como botón de muestra de la llamada “modernidad porfiriana”, las ciudades porteñas vieron la multiplicación de casas comerciales en donde se observaba gran especialización, muchas veces perfilada por el origen migratorio de sus propietarios, que competían por el control de mercados o por jugosas comisiones, como representantes de las firmas que se dedicaban a la explotación de recursos naturales que requerían resolver trámites aduaneros, embarcar, desembarcar y almacenar insumos y mercaderías y aún para obtener préstamos dirigidos a refaccionar sus inversiones.

En los puertos de mayor importancia del Caribe mexicano abundaban firmas comerciales cuyos propietarios casi siempre eran extranjeros. Pero, prácticamente en todos ellos se asentó un elevado número de

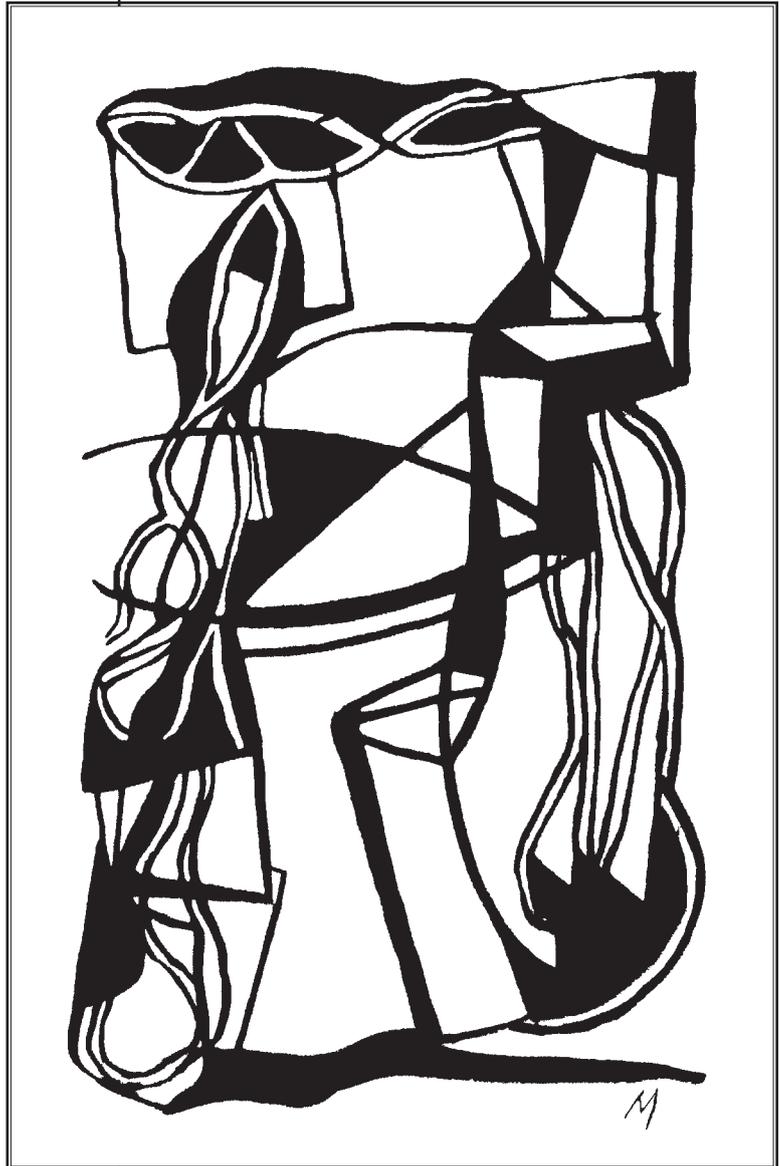
<sup>4</sup> Véase Ricardo Pérez Montfort, “Veracruz: puerta y puerto de migraciones, siglos XIX y XX. Apuntes para una galería de retratos migratorios a la vuelta de un siglo”, en *XXIV Jornadas de Historia de Occidente. México: movimientos migratorios*, 28 y 29 de noviembre de 2002, Jiquilpan de Juárez, Michoacán, Centro de Estudios de la Revolución Mexicana Lázaro Cárdenas, A. C., 2003, pp. 63-86 y los ensayos reunidos en Carlos Martínez Assad (ed.), *op. cit.*

<sup>5</sup> Fue el caso de colonos italianos, franceses, portorriqueños, jamaquinos o cubanos, o un amplio número de trabajadores bajo contrato que fueron importados por la carencia de brazos en zonas de cultivo de exportación o en la construcción de canales y vías férreas, como chinos, coreanos, canarios y cubanos. A ellos se sumó un amplio número de trabajadores europeos y estadounidenses, entre los que destacaron ingenieros y técnicos especializados, dedicados a la modernización de puertos, operación de buques, ferrocarriles, industrias, maquinaria y en la explotación del petróleo, o incluso algunos refugiados políticos como los independentistas cubanos.

comerciantes españoles —como lo habían hecho desde el periodo colonial—, y otros mercaderes de origen levantino (libanés, sirio, palestino o turco) que incursionaron en novedosos sistemas de ventas a partir de la octava década del siglo XIX, cuyo monto tendió a multiplicarse al inicio del siglo XX. Es por ello que dedicaremos estas líneas a estos dos grupos migratorios cuyo comportamiento si bien ofrecen algunos paralelismos con el devenir de sus compatriotas llegados a otros puertos del mar Caribe, como podría ser el caso de La Habana,<sup>6</sup> también mostraron ciertos contrastes regionales en el territorio mexicano, derivados en buena medida de la especificidad histórica regional y del sistema migratorio que favoreció su desarrollo.

#### Los hispanos

La significativa presencia de comerciantes españoles en el puerto de Veracruz ha sido una constante histórica desde el periodo virreinal, pero sus cuentas tendieron a incrementarse entre 1880 y 1914. Tal fue el caso que, hacia 1895 el cantón de Veracruz —conformado por los municipios de Veracruz, Tlalixcoya, Tlacotalpan, Soledad de Doblado, Alvarado, Paso de Ovejas y Medellín—<sup>7</sup> concentró al 56 por ciento de los españoles residentes en cantones, partidos y municipios porteños del Caribe mexicano, según los resultados que arrojó el primer censo demográfico nacional; importancia que tendió a aumentar hacia 1910, cuando su concentración aumentó al 71%.<sup>8</sup> Sin duda las obras de saneamiento e



higiene pública favorecieron el establecimiento de un número crecido de inmigrantes hispanos en Veracruz —que con anterioridad se había considerado “la tumba de los españoles” por el embate de las epidemias y endemias que afectaban a los viajeros—, aunque otros también llegaron a Tlacotalpan y Alvarado. Tal es el caso que, entre 1895 y 1900, la cifra de los españoles sólo se había incrementado en 300 individuos, pero durante la primera década del siglo XX, las cuentas aumentaron a 3 367, lo que implicó que su monto prácticamente se duplicara en una década, si consideramos que en 1900 sólo vivían 1 779 hispanos. No obstante, en las cuentas de los españoles en México de 1895 se encontraban algunos cubanos, que aún forma-

<sup>6</sup> En los puertos cubanos, por ejemplo, los libaneses al igual que en México se dedicaron fundamentalmente al comercio de paños y bonetería. Véase Mayda Jiménez García, “La migración árabe en el Caribe: el caso de Cuba”, en Raymundo Carchi (coord.), *El mundo árabe y América Latina*, Madrid, UNESCO/Librería Prodhufo, 1997, pp. 311-330.

<sup>7</sup> Alberto Leduc, Luis Lara y Pardo y Carlos Roumagnac, *Diccionario de geografía, historia y biografía mexicanas*, París, Imprenta de la Vda. de C. Bouret, 1910, pp. 1042-1043.

<sup>8</sup> MDGE, *Censos generales de población, 1895-1910*, según su lugar de nacimiento.



ban parte del imperio español, así que el crecimiento de la inmigración propiamente ibérica, tal vez tuvo mayor impacto, porque en suma los nacidos en Cuba pudieron constituir prácticamente dos décimas partes de los españoles residentes registrados.<sup>9</sup>

Después vino en importancia el municipio de San Juan Bautista. Puerto fluvial asentado en la margen derecha del río Grijalva y eje del intercambio mercantil de Tabasco, aunque pronto se convirtió en puerto de cabotaje, cuando Frontera se habilitó a la navegación

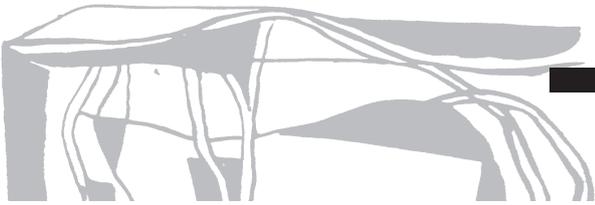
<sup>9</sup> En 1895 el censo registra a los individuos nacidos en España y sus colonias. Si consideramos en conjunto las cifras de nacidos en España y en Cuba, reportados por los censos de 1900 y 1910, los segundos representaban el 17 por ciento del total. *Ibidem*.

de altura. No obstante, en San Juan Bautista los nacidos en España sumaban 328 en 1900 y 434 en 1910, cuando en Frontera sólo habitaban 42 y 53, respectivamente. Otros más se encontraban en el partido de Progreso en donde los hispanos promediaban 200 individuos entre 1895 y 1910, puesto que la colonia más importante se estableció en Mérida, cuya elite en buena medida controlaba los intercambios al exterior, sobre todo la exportación del henequén; ahí los españoles se contaban en 1 096 un mes antes del inicio del movimiento revolucionario.

En el estado de Campeche, los partidos regulados por Ciudad del Carmen y Campeche aglutinaron algunas decenas de hispanos; en el primer puerto en 1895 residían 141, en tanto que en Campeche sólo eran 90. En dichos casos los españoles tendieron a decrecer hacia 1910, en un momento en que aumentó la presencia de ingleses, japoneses y estadounidenses. El fenómeno en buena medida se debió a la decadencia que sufrieron los puertos campechanos durante la administración de Tomás Aznar y Cano, por la crisis económica derivada de la caída de los precios del henequén y el palo de tinte, así como por la pérdida de ingresos por importaciones debido a la competencia con las radas veracruzanas y yucatecas.<sup>10</sup> Otras localidades porteñas del estado de Veracruz también vieron la llegada de cierto número de españoles, como Puerto México y Minatitlán en las márgenes del río Coatzacoalcos, cuya cifra creció durante la primera década del siglo XX, en gran medida por el desarrollo económico que despertó la construcción del Ferrocarril Transístmico, en el primero, y la llegada de la Compañía de Petróleo El Águila,

<sup>10</sup> Fausta Gantús, "El discurso político en Campeche (1905-1919)", en *Revista Mexicana del Caribe*, núm. 16, 2003, pp. 50-51.

<sup>11</sup> Mario Trujillo Bolio, *El Golfo de México en la centuria decimonónica. Entornos geográficos, formación portuaria y configuración marítima*, México, Cámara de Diputados, LIX Legislatura/CIESAS /Miguel Ángel Porrúa, 2005.



en el segundo.<sup>11</sup> En la zona la cifra de hispanos creció cuatro veces en quince años, al pasar de 46 en 1895 a 187 en 1910. En número más modesto —aunque no por ello menos significativo en términos cualitativos— otros españoles residieron en Nautla, Tecolutla y Tuxpan. Por último, en la península de Yucatán y particularmente en su región oriental, en donde se erigió el Territorio de Quintana Roo en 1902, se alojaron algunos hispanos en Sisal, Cozumel y Puerto Morelos.

Aunque las colonias más abundantes de inmigrantes ibéricos se concentraron en las radas de Veracruz y San Juan Bautista, ello no descartó el hecho de que algunos comerciantes conformaran toda una elite en puertos menores, como sucedió con algunos destacados negociantes veracruzanos, de la talla de los hermanos Zaldo, Calleja, Benito, Garaña o Gómez Allende.<sup>12</sup> Fue común encontrar firmas mercantiles de propietarios españoles dedicados a la importación y exportación de los más acariciados productos regionales. Maderas, vainillas, palo de tinte, frutas, cueros y azúcar fueron exportadas por casas de propietarios hispanos de Tuxpan, como Vicente Heróles, quien también contaba con la más conocida fábrica de cigarros La Flor de Tuxpan.<sup>13</sup>

La caoba, el cedro y el palo de tinte del estado de Campeche se negociaban desde la casa de Joaquín Quintana y Cía., que representaba al Banco Peninsular Mexicano, mientras que uno de sus socios, Andrés Quintana, era vicecónsul de España en Ciudad del Carmen.<sup>14</sup> En el mismo giro de exportación maderera y chicle estuvo Francisco Pallás y Cía., y entre los alma-

cenistas y abarroteros, Manuel Romero y Hermano y C.S.E. Rueda.<sup>15</sup> Otras casas de ascendencia hispana, como Fernando Berrón, Domingo Diego y D. Sucesores, y Llovera y Cía., exportaban palo de tinte desde el puerto de Campeche, al tiempo que importaban abarrotes y lencería para el mercado local.<sup>16</sup> La casa de Domingo Diego, establecida desde la primera mitad del siglo XIX, además de mercader abarrotes y cereales, figuraba como una de las más importantes comisionistas y tuvo inversiones en la agricultura, al tiempo que representaba los intereses de la Compañía Mexicana de Navegación y la Compañía Transatlántica Española.<sup>17</sup>

En Puerto México, en donde los almacenes y firmas mercantiles dedicadas a las importaciones de propietarios hispanos competían con las inglesas, estadounidenses y alemanas, algunos de ellos también establecieron otros servicios, tal fue el caso del Hotel Colón, de Cecilio Alegría, quien también contaba con cantinas, baños y billares, mientras que Gerardo Palomera estableció dos tiendas de abarrotes nacionales y extranjeros al mayor y menor —El Puerto de Santander y el Puerto de Veracruz—, así como Pedro Cué, quien comerciaba ultramarinos, vinos y licores en su almacén El Lazo Mercantil.<sup>18</sup>

En San Juan Bautista, entre los abarroteros se encontraba Juan Pizá & Cía.; otros más combinaban dicha actividad con la venta de telas: Eugenio Pagés y Cía., Prádez & Vázquez, B. Rodríguez y Hermano, y M. Suárez González. En las importaciones estaba M. Barreteaga y Cía. y Juan Ferrer y Cía.; la tienda de novedades y bazar de Pedro Moll y Cía.; el almacén de ropa y mercería, que fusionaba la venta con exportaciones y consignaciones de C. Pérez y Cía. De mayor importancia estaba la casa de Juan Benito y Cía., dedicada a la importación, la exportación y las comisiones, invirtió en la agricultura y era almacenista de alimentos, ferretería, ropa y calzado. Entre los grandes almacenis-

<sup>12</sup> Véase cuadro 1. Sobre los españoles en el puerto de Veracruz, en Carmen Blázquez Domínguez, "Empresarios y financieros en el puerto de Veracruz y Xalapa: 1870-1890", en Clara E. Lida (comp.), *Una inmigración privilegiada. Comerciantes, empresarios y profesionales españoles en México en los siglos XIX y XX*, Madrid, Alianza Editorial, 1994, pp. 121-141.

<sup>13</sup> *Directorio General de los Estados de la República Mexicana*, 1913; *Directorio Ruhland*, fundado en el año de 1888, México, Editores propietarios Müller Hnos, 1913, p. 925. *Anuario Comercial de la República Mexicana*, 1ª ed., México, Semolinos y Montesinos Editores, Apartado 35, 1928, p. 495.

<sup>14</sup> *Directorio General...*, *op. cit.*, pp. 25-28. J. Figueroa Doménech, *Guía general descriptiva de la República Mexicana*, México, Ramón de S. M. Araluce, 1899, vol. 2, Estados y Territorios Federales, p. 46.

<sup>15</sup> Alv. F. Salazar (ed.), *El libro de referencias. Directorio de profesionistas y principales hombres de negocios de la República Mexicana*, Barcelona, Imprenta y litografía de la Viuda J. Cunill, 1912, pp. 11-12.

<sup>16</sup> J. Figueroa Doménech, *op. cit.*, p. 46.

<sup>17</sup> Alv. F. Salazar (ed.), *op. cit.*, p. 10.

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 190.



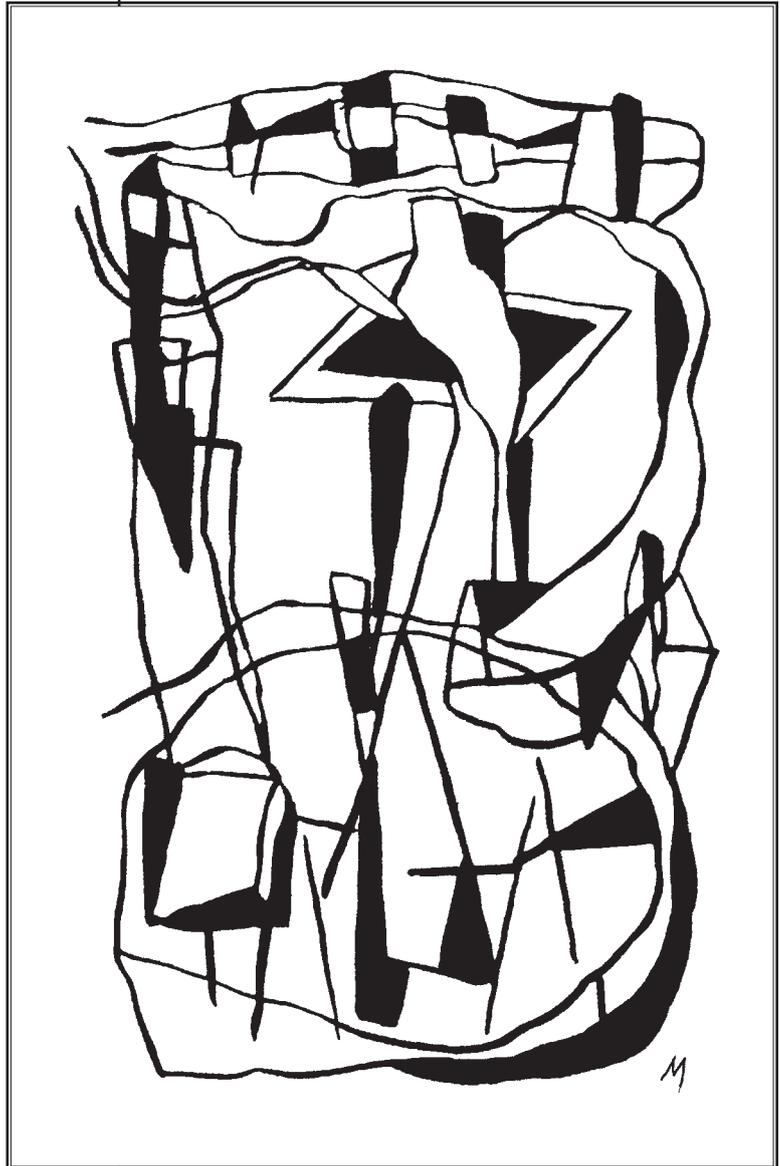
Cuadro 1. **Principales comerciantes españoles en Veracruz, 1880-1914**

Nombre o firma comercial	Actividad prioritaria
Aragón y Sobrino, Julián	Ropa; banquero; pasamanerías; almacén de ropa.
Asco, Antonio de	Gerente de la sucursal del Banco de Londres y México.
Barquin Hnos. S. en C.	Abarrotes; almacenes y tiendas.
Basagoiti, Antonio	Tabacalera Mexicana (socio).
Benito y Hermano, Sucs.	Banqueros; almacén de ropa La Soriana.
Calleja, Hnos. y Cía., Sucs.	Abarrotes; almacenes o tiendas; agentes aduanales; banqueros.
Collado, Hnos., Sucs.	Cristalería y loza.
Chinchurreta y Cia. Sucs. J	Fábrica de licores.
Díez Fernández, G.	Café o nevería La Aurora.
Dosal, Dionisio	Casa de huéspedes.
Eliceche, Sucs., S. en C., J.	Abarrotes; fábrica de chocolate El Modelo.
Fernández García, Manuel	Casa de huéspedes La Jardinera.
Fernández Suárez, Manuel	Camisería La Violeta.
Fernández, Miguel	Camisería y almacén de ropa La Casa de Moda.
Galainena y Cía., Sucs, J	Abarrotes; fábrica de puros El Arte.
Gómez, Antonio	Abarrotes, agentes aduanales; representantes de la Transatlántica Española.
Garaña Hnos.	Abarrotes.
Gómez Abascal, José	Abarrotes.
Gómez Allende y Cía.	Abarrotes.
Hoyos y Cía., Leopoldo	Fábrica de licores La Santanderina.
Juano Sucs., Francisco de	Almacén de ropa La Villa de Vinuesa.
Martínez Ortega y Cía.	Abarrotes; banqueros; comisionistas y representantes de fábricas extranjeras.
Martínez, Juan J.	Tabacalera Mexicana (socio).
Pardo Gutiérrez, Juan	Agencia de fonógrafos.
Pardo, José María	Director del Banco Mercantil de Veracruz, S. A.
Peña, Bonifacio	Camisería y peletería La Ciudad de Barcelona.
Pons, José	Fábrica de bizcochos, pastelería Colón.
Prida, Francisco M.	Banquero.
Rodríguez y Molina, S. en C.	Abarrotes; agentes aduanales; representantes de fábricas extranjeras.
Román Zaldo, Anselmo	Presidente del Banco Mercantil de Veracruz, S. A.
Sáinz Pardo, Manuel	Gerente de la Compañía Banquera Veracruzana.
Serralde, Pura y Dolores	Botica Santo Domingo.
Ulibarri, Saturnino y Natalio	Ropa; Baños del Mar; pasamanería; perfumería La Galatea; propietario de fincas.
Ulibarri, Raúl	Camisería; sastrería y tienda de ropa Al Palacio.
Valdés y Cía., Sucs., A.	Banqueros; perfumerías.
Varela e Hijo, Ramón	Ferretería El Palacio de Cristal.
Varela y Hermano, Federico	Armería, agente aduanal y representante de fábricas extranjeras.
Zaldo, Hnos., S. en C.	Banqueros, pasamanerías, propietarios de fincas y almacén de ropa.
Zárate, Cresencio	Dulcerías y pastelerías La Jota Aragonesa y La Colmena.

Fuentes: *Anuario Comercial...*; *Directorio General...*; J. Figueroa Doménech, *op cit.*; Alv. F.Salazar (ed.), *op. cit.*; Carmen Blázquez Domínguez, *op. cit.*

tas e importadores, que representaban a bancos locales, como El Banco Mexicano de Comercio e Industria y el Banco de Soller de Mayorca, estaba M. E. Ripio y Cía.<sup>19</sup> Dichas casas, establecidas en 1867 y 1860, años después entablarían algunas reclamaciones contra el gobierno mexicano por sus pérdidas sufridas durante la Revolución, cuando apelaron a su origen español, a pesar de su larga trayectoria en Tabasco.<sup>20</sup> En Frontera, la Cantina de José Fojada y Cía., El Polo Norte, tal vez servía para ofrecer bebidas frías a sus asistentes, pero también emprendía labores de comisionista, importador, exportador y representante de fábricas extranjeras. Ahí mismo, el agente de vapores, Álvaro F. Pérez Sucs., combinaba su actividad con la farmacia, los abarrotes y la banca. En tanto que las misceláneas de Herrero, Roca y Villa eran comisionistas y funcionaban como despachos aduanales.<sup>21</sup>

Este breve recorrido por la actividad mercantil de los españoles en los puertos caribeños permite mostrar la existencia de un patrón de comportamiento entre los comerciantes hispanos en el Golfo de México y el mar Caribe. Si bien la actividad básica de los españoles coincidió en la venta de alimentos, muchas de sus casas se encargaban de colocar en el mercado externo productos agrícolas, madereros y tintoreros, con lo que sería difícil ignorar el margen de sus ganancias, sobre todo las establecidas en Progreso, desde donde se exportaba buena parte del henequén yucateco. Como ya ha señalado Luis A. Vázquez Pasos, conocidos empresarios españoles residente en Mérida, como Manuel y Demetrio Prieto, José Toroella, Francisco Alzina, Juan Planas, Ramón Caral, Eduardo y Ramón Juanes Patrulló y Eloy y Julián Haro, junto con yucatecos de ascendencia his-



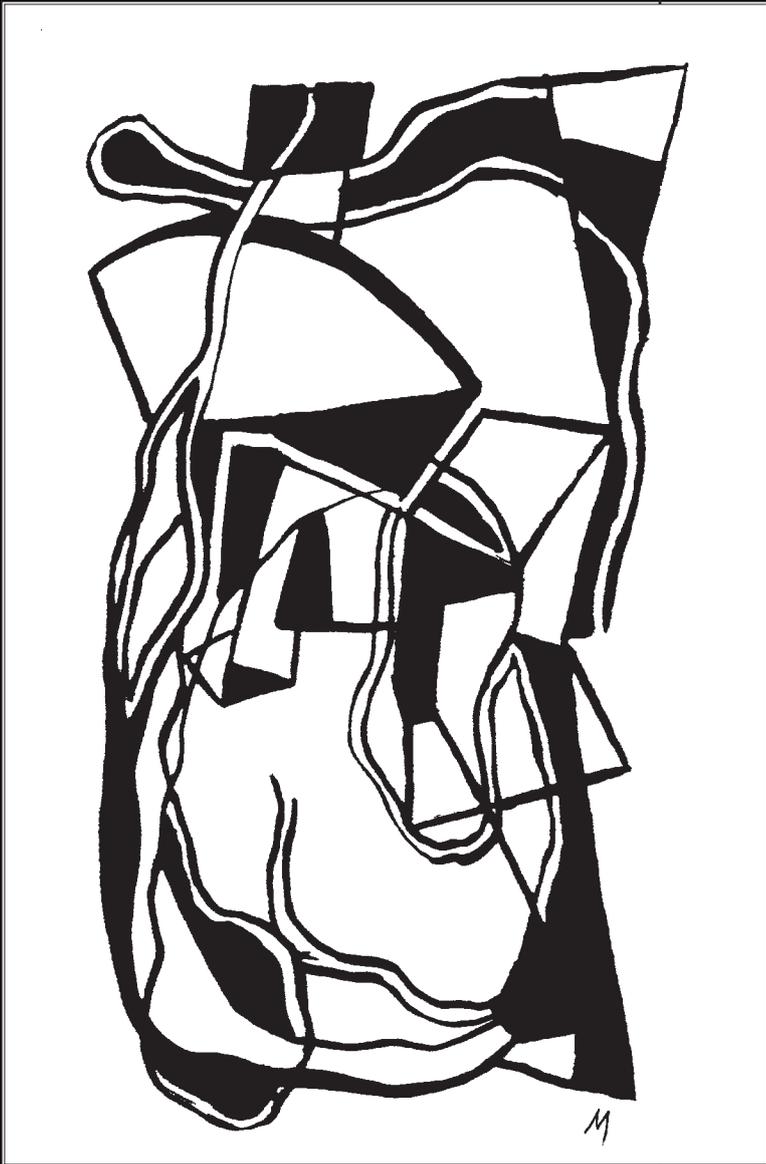
pana, financiaron el cultivo del henequén e impulsaron la aplicación de nuevas tecnologías para acelerar su producción. Pero, por otro lado, tampoco se debe olvidar que la casa de Avelino Montes, que contaba con una sucursal en Progreso, llegó a monopolizar gran parte de la importación henequenera, entre otras cosas por su peso político, al ser yerno del mismo Olegario Molina.<sup>22</sup> Con algunas excepciones en muchos de estos

<sup>19</sup> *Anuario Comercial...* 1928; Alv. F. Salazar (ed.), *op. cit.* pp. 168-172; *Directorio General...*

<sup>20</sup> Carlos Illades, "Reclamaciones españolas: índice de expedientes fallados", en *Secuencia*, núm. 24, nueva época, septiembre-diciembre de 1992, pp. 179-216.

<sup>21</sup> *Anuario Comercial...* 1928; Alv. F. Salazar (ed.), *op. cit.*, p. 168.

<sup>22</sup> Luis A. Vázquez Pasos, "Elites e identidades. Una visión de la sociedad meridana de la segunda mitad del siglo XIX", en *Historia Mexicana*, vol. LI (4), núm. 204, abril-junio de 2002, pp. 850-851. Véase también Luis Alfonso Ramírez, *Secretos de familia. Libaneses y elites empresariales en Yucatán*, México, Conaculta (Regiones), 1994, p. 50.



puertos los españoles tuvieron menor competencia con comerciantes de otro origen.

Aunque hasta el momento sólo he mencionado las casas mercantiles de mayor peso controladas por hispanos, cabe señalar que en ellas laboraron un amplio número de jóvenes procedentes de la península ibérica; santanderinos, gallegos, asturianos y vascos en mayor monto. Su llegada, estimulada por un sistema de migración en cadena, engarzada en el patrocinio de parientes o paisanos, generalmente ha sido base de una explicación sobre su llegada y su acertada inserción económica en México. Pero, prácticamente no se ha señalado que dicho mecanismo, consolidado en una sólida red étnica siguió operando prácticamente duran-

te toda la vida de los españoles en México y en el Caribe hispano, ya que no faltaron inmigrantes que llegaron primero a un comercio en La Habana o Puerto Rico y de allí pasaron a México, vinculados por las intensas relaciones comerciales establecidas por los españoles en la región.

Si bien la imagen de un hispano en México se estereotipaba, asociada a una tienda de abarrotes, una pulquería o una panadería, el fenómeno de su especialización resulta digno de atención, puesto que explica gran parte del sistema migratorio seguido por el grupo. Muy particularmente porque dentro de esa distinción se encontraban prácticas monopólicas para asegurarse un lugar en el mercado interno.<sup>23</sup> Costumbre que, desde mi punto de vista, mantenía a un inmigrante asociado a sus paisanos durante toda su vida, debido al peso de una red étnica totalmente consolidada. Un joven español, primero se encontraba ligado a su pariente o paisano que le había ayudado a llegar como empleado; pero, al paso del tiempo, cuando podía establecerse por su cuenta después de 20 o 25 años de ahorro, seguía ligado a su antiguo patrón o a otro paisano debido a que los segundos les vendían sus mercancías a plazos y definían el precio de sus productos.<sup>24</sup> De tal forma, el inmigrante que lograba convertirse en importador o produc-

<sup>23</sup> Estos aspectos están tratados en mi libro: Delia Salazar Anaya, *Las cuentas de los sueños. La presencia extranjera en México a través de las estadísticas nacionales*, México, INAH (en prensa).

<sup>24</sup> Sobre la práctica monopólica de los españoles en México véase Héctor Castillo Berthier, *Estructura de poder de los comerciantes mayoristas de abarrotes de México de la ciudad de México*, México, Instituto de Investigaciones Sociales-UNAM, 1994. Entre los comerciantes existían jerarquías: en primer lugar estaban los que controlaban el crédito en los pueblos o en pequeñas ciudades, dependientes de comerciantes de mayor peso regional, que ejercían una gama más amplia de descuentos, y por último estaban los comerciantes de la ciudad mayor y muy especialmente de la ciudad de México; Carlos Marichal, "De la banca privada a la gran banca. Antonio Basagoiti en México y España, 1880-1911", en *Historia Mexicana*, vol. XLVIII, núm. 4, abril-junio de 1999, pp. 767-755.

tor mayorista en buena medida definía el destino de sus compatriotas. Sus nombres figuran precisamente entre los grandes empresarios españoles en México, de peso nacional, regional o local, pero algunos también ampliaron su influencia a otras naciones del Caribe.

Entre los casos mejor estudiados, se sabe que muchos de ellos se convirtieron en socios de los negocios en donde laboraron por su ahorro y empeño en el trabajo, pero también por herencia o por la vía del matrimonio con las hijas de sus patrones y aun con hijas de mexicanos de cierta posición económica o política; enlaces que también ampliaron su ámbito de desarrollo y relaciones. En su mayoría se desempeñaron como cónsules de España en México, lo que les aseguraba el control de información privilegiada, incidían en las aduanas y se asociaron con políticos o empresarios nacionales y extranjeros.<sup>25</sup> Al desempeñarse como prestamistas, accedieron a bienes de bajo costo y de forma natural participaron en la creación de los primeros bancos regionales.

Si bien el fenómeno contribuye a explicar el rápido ascenso económico y el éxito de los españoles que se insertaban adecuadamente a la red, seguramente también provocó el fracaso de otros, que no resistieron las largas faenas como empleados, no pudieron pagar sus deudas o su actividad representaba un factor de competencia para sus paisanos. Los salarios de los empleados españoles en México, aunque prácticamente duplicaban a los que recibían los trabajadores nacionales tampoco eran muy altos. Según Julio Sesto, “Los dependientes de comercio de la colonia española, en su mayoría colocados en abarrotes (víveres) ganan: de primera categoría o antiguos, 400 pesos al año, casa y manutención; los de segunda categoría, de 200 a 300

pesos al año, casa y manutención; los recién llegados, adolescentes, 100 pesos al año, también mantenidos”.<sup>26</sup>

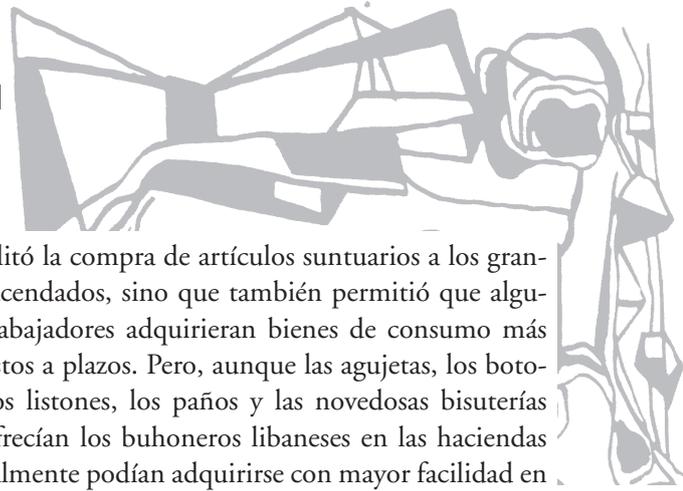
Aunque mucho se ha insistido en el papel de la ayuda mutua, en numerosas ocasiones el apoyo inicial se convirtió en un factor de explotación permanente, que mantuvo a muchos españoles en condición de empleados toda su vida y sólo permitió la independencia de algunos de ellos, pero en carácter de pequeños comerciantes y prestadores de servicios. La herencia de los negocios mercantiles —aunque en general se formaban en comandita, con la participación de un español capitalista y varios socios minoritarios, casi siempre emparentados—, se asignaba por costumbre a los hijos primogénitos o a algún sobrino predilecto, con lo que los empleados de la siguiente escala difícilmente podían esperar una participación sustancial de las ganancias de la empresa a la que habían contribuido por largos años. Los conflictos por los bienes, expresados en las sucesiones testamentarias de conocidos empresarios, también se reflejaron en prácticas delictivas, como el robo, el abuso de confianza, la falsificación y el fraude. Las reglas del comercio y la red comunitaria no favorecían a aquellos que enfrentaron conflictos con sus antiguos patrones o adeudaran algún préstamo.

Si bien los españoles constituyeron una inmigración “privilegiada” —como señala Clara Lida—,<sup>27</sup> vistos desde los ojos y las condiciones de los mexicanos o a la luz de las historias de éxito empresarial, poco se sabe sobre los españoles del común, sobre todo de aquellos que nunca dejaron de ser empleados y que vivieron por largos años en la trastienda, sobre aquellos que, a pesar de su esfuerzo, vivían al día, pagando sus deudas y vendiendo pan u ofertando sus servicios como hortelano o cantinero. Muchos más de esos españoles se convirtieron en inmigrantes definitivos,

<sup>25</sup> Tal y como refiere Leticia Gamboa, un cónsul o vicecónsul “se encontraba enterado de la legislación mercantil, los precios del mercado, las contribuciones, la ecuación técnica y profesional, los congresos y exposiciones, la inmigración y emigración españolas, el tráfico de productos, las tarifas de transportes, las obras públicas, los problemas sanitarios, los salarios, las huelgas y el trabajo en general, pues de todo esto debían de informar a la Legación de España en México y a la Dirección de Consulados de la Secretaría de Relaciones Exteriores”; Leticia Gamboa Ojeda, “Manuel Rivero Collada. Negocios y política en Puebla, 1897-1916”, en *Historia Mexicana*, vol. XLVIII, núm. 4, abril-junio de 1999, p. 808.

<sup>26</sup> Julio Sesto, *El México de Porfirio Díaz (hombres y cosas). Estudios sobre el desenvolvimiento general de la Republica Mexicana. Observaciones hechas en el terreno oficial y en el particular*, Valencia, F. Siempre y Compañía, Editores, 1910, p. 96.

<sup>27</sup> Clara E. Lida señala el carácter privilegiado de los españoles en México debido a la “excepcional vinculación del grueso de los inmigrantes con algún aspecto del mundo del capital, el poder, de la política, de la vida profesional, del empleo, al menos, decoroso o, más frecuentemente, bien remunerado”; Clara E. Lida (comp.), *op. cit.*, p. 18.



se casaron con mexicanas y procrearon a sus hijos en el país, puesto que no pudieron regresar a sus pueblos con el rostro del “indiano enriquecido”, pero hasta el momento poco se sabe de ellos más allá de algunas generalidades.<sup>28</sup> No obstante, a diferencia de otras regiones del país en donde los españoles se distribuyeron en pequeñas localidades, los residentes en la región caribeña tendieron a concentrarse en mayor número en las ciudades portuarias de mayor tráfico comercial externo, como también lo hicieron en otras áreas del Caribe hispano, situación que seguramente estuvo vinculada a su inserción en una importante red mercantil que se extendía hacia La Habana, España y otras naciones de Europa y América.

#### Libaneses

Los primeros libaneses que llegaron a México tendieron a residir temporalmente en pueblos y haciendas dispersas de la península de Yucatán y en la ciudad de Mérida, aunque los avocados en localidades portuarias en un primer momento se ubicaron preferentemente en Campeche (51 por ciento), San Juan Bautista (26 por ciento) y Progreso (15.6 por ciento). No obstante, hacia 1910 el panorama tendió a transformarse, puesto que Veracruz concentró a una tercera parte de los inmigrantes levantinos residentes en las radas del Caribe mexicano, en tanto que otros más habitaron en Sisal, Ciudad de Carmen, Chetumal o San Juan Bautista. Los menos optaron por Progreso y Campeche. Dicha dispersión, que también llevó a contados libaneses a pequeñas poblaciones portuarias como Tecoluitla, Nautla, Frontera, Cozumel y Puerto Morelos,<sup>29</sup> en buena medida se debió al hecho de que este flujo de inmigrantes incursionó en el comercio ambulante, al ofrecer modestos bienes de consumo popular de casa en casa mediante un sistema de venta en abonos, en poblaciones que ofrecían menor competencia por el comercio establecido. El mercado local, acrecentado por el auge henequenero durante el Porfiriato, no sólo

posibilitó la compra de artículos suntuarios a los grandes hacendados, sino que también permitió que algunos trabajadores adquirieran bienes de consumo más modestos a plazos. Pero, aunque las agujetas, los botones, los listones, los paños y las novedosas bisuterías que ofrecían los buhoneros libaneses en las haciendas generalmente podían adquirirse con mayor facilidad en localidades de relevancia mercantil como Veracruz o Mérida, en donde los más prósperos inmigrantes tendieron a establecer sus primeros comercios fijos, su concentración, al paso del tiempo, se debió al arribo de sus esposas, hijas o madres, por lo que generalmente edificaron sus hogares en localidades que les ofrecían mayores servicios.

Tratándose de una migración de tipo familiar, no es extraño que algunos levantinos formaran sus negocios con la participación de hermanos e hijos. Si sirve como ejemplo, la familia de Salvador Mabarak, residente en Tuxpan, fue pionera de la inmigración libanesa en dicho puerto, en donde estableció la casa comercial La Minerva, bajo la firma Mabarak y Hnos., cuya importancia fue tal que incluso empezó a figurar en los directorios comerciales de la época; más allá de vender mercería, también ofertaba ferretería, joyas y juguetes. David Chidam y su hijo también incursionaron en la venta de artículos de mercería y rebozos.<sup>30</sup> En Veracruz se establecieron los esposos Jacobo y Sarita Selum, quienes formaron la Casa Selum.<sup>31</sup>

En San Juan Bautista, a los libaneses generalmente se les conocía como comerciantes de pacotilla —por vender rosarios, cruces o portaplumas de madera del Monte Líbano o imágenes, rosarios y escapularios de Tierra Santa—, como Juan y Miguel Gorra, Antonio y Pedro Teodoro, Alejandro y Antonio Mazur (o Manzur), Jorge y Elías Jacobo, José y Miguel José, o los Shaibe, Nemer y Ferrer. Muchos de ellos, a pesar de haber ingresado al país con escasos recursos y haber enfrentado los riesgos de transportar sus mercancías en burros o pequeñas embarcaciones, al paso del tiempo establecieron prósperas casas comerciales en la capital

<sup>28</sup> Delia Salazar Anaya, *op. cit.*

<sup>29</sup> MDGE, *Censos generales de población, 1895-1910*, según su lugar de nacimiento en Turquía.

<sup>30</sup> Carlos Martínez Assad y Martha Díaz Kuri, *op. cit.*, pp. 75-78; *Directorio General...*, pp. 927-928; AGN-RNE.

<sup>31</sup> Carlos Martínez Assad y Martha Díaz Kuri, *op. cit.*, p. 75.

del estado.<sup>32</sup> El movimiento mercantil del puerto de Frontera llevó a algunos miembros de la familia Gorra —Miguel, José Jorge y Julián— a establecer un modesto expendio de paños y bisutería.<sup>33</sup> En Progreso, más allá de la familia de un pescador libanés de apellido Simón, también se contó con la presencia de algunos mercaderes: Juan Moisés Alam y Alejandro Domani Dibo, de Beirut; Yza Huanuz Chalam, de Trípoli y José Daré Biento de Zafrá. En tan importante puerto yucateco —por donde ingresó un amplio número de inmigrantes al país— los libaneses muy pronto lograron establecer algunos comercios de telas y mercería, como El Pequeño París, de Alejandro Domani; La Flor de Progreso, de Juan Moisés o El Siglo XIX, de Salím Farah, junto con la sastrería, El Centro de la Moda, de Julián Farah.<sup>34</sup>

Aunque en Campeche los libaneses fueron pocos, los pioneros también se abrieron paso vendiendo bisutería, listones y paños como buhoneros. Entre ellos, al finalizar el siglo XIX, se encontraban Alejandro Dejas y Jorge Abud Simón y al iniciar el siglo XX, Isaac Tuma Nacif y Juan Tomas, originarios del Monte Líbano. En 1907 se sumaron Manuel Elkis Mashd; Yuni, Julián, Manuel y Alicia Adam, nativos de Sarba. Claro está que al igual que sus paisa-



<sup>32</sup> *Directorio General...*, p. 306; AGN-RNE. Un amplio estudio sobre los comerciantes libaneses en San Juan Bautista puede verse en Raymundo Vázquez Soberano y J. Arturo Filigrana Rosique, *Dos acercamientos a la historia de Tabasco desde los estudios históricos regionales. Comerciantes sirio-libaneses: 1896-1910. Estado nacional y poder regional, 1910-1935*, Villahermosa, División Académica de Ciencias Sociales y Humanidades-Universidad Juárez Autónoma de Tabasco (José María Pino Suárez. Estudios Regionales y Desarrollo), 2006.

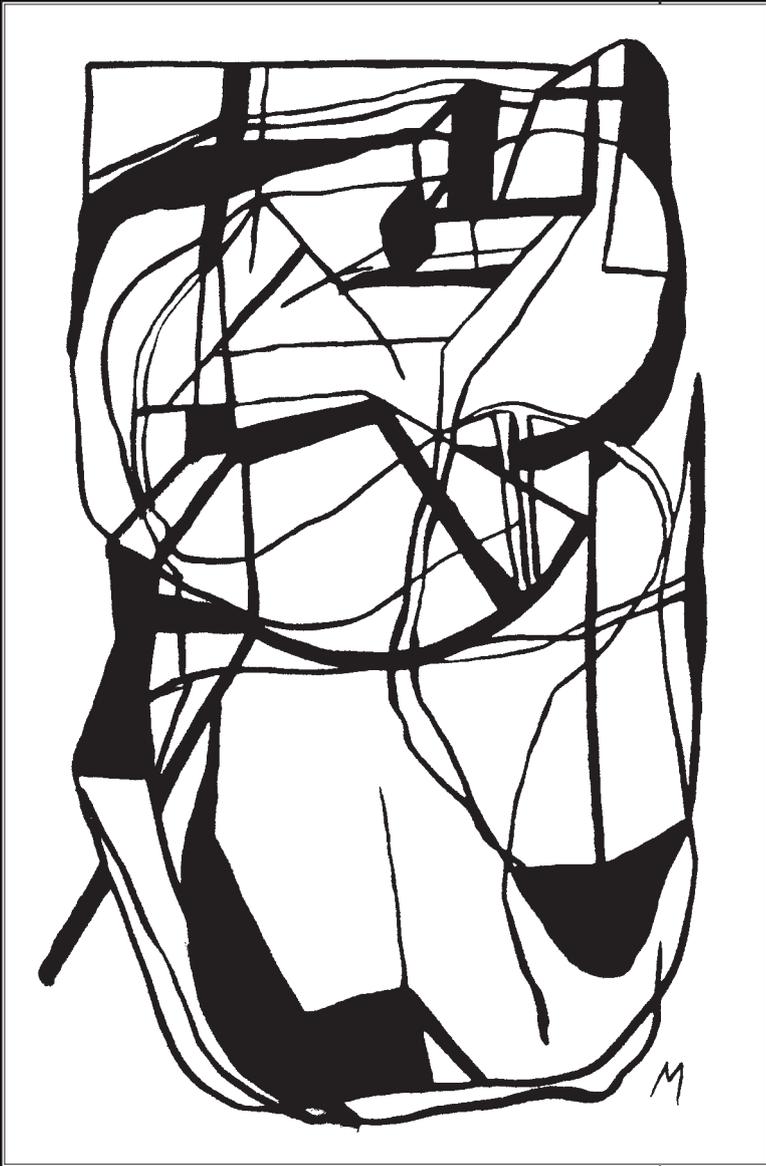
<sup>33</sup> Raymundo Vázquez Soberano y Leticia Rodríguez Rodríguez, "La inserción de un grupo étnico extranjero en Tabasco. Los sirios-libaneses, 1874-1900", en *Anuario de Historia*, Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco/Programa Integral de Fortalecimiento Institucional/SEP, 2005, pp. 69-71.

<sup>34</sup> *Directorio General...*, pp. 1008-1009; AGN-RNE; Alv. F. Salazar (ed.), *op. cit.*, p. 209.

nos residentes en otras radas caribeñas, se dedicaron a la venta de ropa. Ciudad del Carmen fue atractiva para algunos más: Abraham Ralú, Pedro Martínez Sanén, José Budib, José Bujalil, Zacarías Ganem, Félix Jaber, Elías Kuri o Abraham Razú.<sup>35</sup> En los cajones de ropa, los rebozos, sedas y zapatos destacaron los hermanos Alejandro y Moisés Zeind.<sup>36</sup> Aunque no faltaron las excepciones que rompían la regla, como Julián Azute Chara, quien residió en Nautla y curiosamente se dedicó a la agricultura.

<sup>35</sup> Julián Nasr y Salim Abud, *Directorio libanés. Censo general de las colonias Libanesa-Palestina-Siria residentes en la República Mexicana*, México, Edición de los autores, 1948.

<sup>36</sup> *Directorio General...*, p. 23.



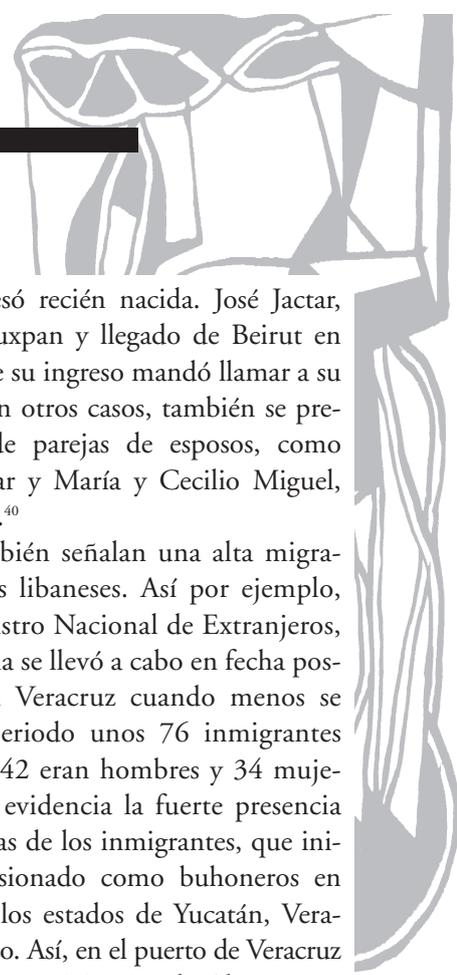
Aunque los inmigrantes de origen levantino —libaneses, sirios, palestinos y turcos en su mayoría—, residentes en los puertos caribeños nunca fueron tantos, puesto que su monto apenas llegó a 522 individuos según los datos demográficos de la época, y su importancia cualitativa difícilmente podría compararse con la que tuvieron los 4 754 españoles residentes en las mismas localidades en 1910, no dejaron de presentarse algunos paralelismos y contrastes.<sup>37</sup> Tal es el caso que,

<sup>37</sup> Consideramos en dicha cifra a 135 individuos nacidos en “Turquía” y a 55 más nacidos en “Arabia”, registrados por los censos. En dichos registros figuran distintas minorías nacionales sometidas por el imperio otomano que emigraron a México, en su mayoría fueron libaneses —maronitas—, pero también llegaron

el núcleo libanés más significativo de las radas caribeñas también se concentró en Veracruz —integrado por poco menos de 190 inmigrantes según el censo de 1910— y se desempeñó en la actividad mercantil, apuntalada gracias a sus lazos familiares y de paisanaje como lo hicieron los españoles, pero, en su caso, la asociación tendió a mostrar nuevas formas. En contraste con los negocios conformados por patrones y jóvenes vinculados por una misma estirpe familiar o localidad de origen, como sucedió con muchos tíos y sobrinos asturianos, gallegos o vascos, en el caso de los libaneses su capacidad de asociación fue mucho más modesta, ya que sus comercios se conformaron básicamente por miembros de una misma familia nuclear o por un grupo de hermanos, que eventualmente logró traer a sus padres, abuelos o tíos a México. Entre los libaneses los empleados de comercio eran pocos, puesto que los que atendían los puestos en mercados casi siempre eran propietarios de sus negocios o eran apoyados por sus esposas e hijos. Por otro lado, los jóvenes inmigrantes no tendían a vivir largos años con un tío o paisano, como sucedió con los hispanos, sino que rápidamente se abrían camino en forma independiente mediante el ambulante y pernoctaban temporalmente en modestos hoteles o en casas de paisanos, más allá de los que simplemente buscaban un rincón en un mercado, en la trastienda o a campo abierto.

De tal forma, no fue extraño encontrar a muchos varones provenientes de un mismo lugar de origen y poseedores de apellidos similares viviendo solos en

sirios, palestinos, jordanos y turcos, entre los que se encontraban judíos y algunos musulmanes. Aunque los libaneses cristianos, mayoritariamente fueron registrados por la autoridad censal como “turcos”, algunos seguramente fueron captados dentro del rubro “árabes”, por ello, para ubicar el monto de los libaneses en los puertos del Caribe mexicano, consideramos a ambos grupos. Otras fuentes, como el RNE, permiten confirmar que los libaneses tendieron a concentrarse precisamente en esta zona, mientras que los judíos fueron a la ciudad de México y los musulmanes al norte del país. Véase Delia Salazar, *op. cit.*



pequeñas localidades portuarias o pueblos interiores, y a un número más crecido de mujeres asentadas en radas de mayor importancia como Veracruz, Tuxpan o San Juan Bautista. Tal fue el caso de las extensas familias Kuri y Lajud, originarias de Kartaba, o los Exsame, provenientes de Akar, que tuvieron particular relevancia en el puerto de Veracruz, así como los Ganem, originarios de Miden, también conocidos por su larga trayectoria en Tuxpan.

Así, aunque los varones libaneses generalmente salían de sus pueblos solos y en edad temprana, pero más grandes que los hispanos —puesto que emprendían la aventura entre los 18 o 20 años—, durante su vida en México tendieron a permanecer célibes por poco tiempo, ya que enseguida contraían matrimonio con mujeres de su mismo origen. Aunque, cabe señalar que también fue práctica común que un joven libanés recién casado se aventurara a emigrar para buscar los recursos necesarios para sostener su unión. El alto número de mujeres libanesas que llegó a México en aquellos años, nos indica que muchas de ellas vinieron a seguir a sus maridos o como prometidas de algún joven de su mismo pueblo, en lapsos bastante breves. Tal fue el caso que, en los estados de Veracruz y Yucatán, una tercera parte de los libaneses residentes en el país eran mujeres, aunque su proporción fue mayor en Campeche (46 por ciento) y Tabasco (47 por ciento), en donde prácticamente igualaban a los varones.<sup>38</sup>

Algunas historias familiares ejemplifican dicho comportamiento. Así, José Garibay, residente en Cosamaloapan, al igual que otros libaneses, en pocos años llamó a una joven de su mismo pueblo, de nombre María Antonieta para contraer nupcias. Otra historia de rápida unión familiar fue la de la familia de Ahued Ganem, dedicada al comercio en el puerto de Tuxpan. El pionero, de nombre Ahued, llegó en 1904 procedente de Miden, y cuatro o cinco años después de su llegada viajó al Líbano por una breve temporada, para traer a su familia, puesto que su esposa Tomasa y sus hijos, José y María llegaron en 1909; el varón había nacido en Líbano un año antes de la salida del padre, y

la pequeña María ingresó recién nacida. José Jactar, residente también en Tuxpan y llegado de Beirut en 1904, un año después de su ingreso mandó llamar a su esposa Alis.<sup>39</sup> Aunque, en otros casos, también se presentó la inmigración de parejas de esposos, como Salema y Alejandro Azar y María y Cecilio Miguel, residentes en Campeche.<sup>40</sup>

Otros referentes también señalan una alta migración femenina entre los libaneses. Así por ejemplo, según los datos del Registro Nacional de Extranjeros, y aunque dicha matrícula se llevó a cabo en fecha posterior, sabemos que en Veracruz cuando menos se asentaron durante el periodo unos 76 inmigrantes libaneses, de los cuales 42 eran hombres y 34 mujeres.<sup>41</sup> Composición que evidencia la fuerte presencia de esposas, madres e hijas de los inmigrantes, que inicialmente habían incursionado como buhoneros en distintas localidades de los estados de Yucatán, Veracruz, Campeche o Tabasco. Así, en el puerto de Veracruz residieron algunas familias originarias de Akar, como Miguel José, Jorge José, Abel y Agueda Exhame; otros más vinieron de Kartaba, entre 1899 y 1909, como Adela, Antonio, Celsa y Emilia Elías Kuri, que ubicó su residencia en la calle de Independencia. Cabe señalar que, en la misma localidad se asentaron cuando menos una docena de inmigrantes procedentes del Monte Líbano de apellido Kuri,<sup>42</sup> cuyo nombre en el puerto no sólo fue conocido por el almacén del ya referido Domingo Kuri, El Arca de Noe,<sup>43</sup> sino por otros establecimientos menores, que en buena medida ejemplifican el tipo de migración dirigida por sólidos vínculos familiares, en donde predominó la ayuda mutua, pero también la endogamia, cuando menos en una primera generación.

<sup>39</sup> AGN-RNE.

<sup>40</sup> AGN-RNE.

<sup>41</sup> AGN-RNE. El censo de 1910 reporta la presencia de 135 individuos originarios del imperio otomano.

<sup>42</sup> Son los casos de Latifa Elías Kuri, Pablo Kuri Abdelnur, María Kuri Falaquilla, José Simón Kuri Lajud, Martha Kuri Naime, Flora Kuri Sacre, Alfredo Kuri Salem, Felipe Kuri Ziade, Josefina y María Lajud Kuri, Jorge Marun Kuri, Antonio Tedi Kuri; AGN-RNE

<sup>43</sup> Carlos Martínez Assad y Martha Díaz Kuri, *op. cit.*, pp. 70-72.

<sup>38</sup> MDGE, *Censos generales de población, 1895-1910*, según su lugar de nacimiento en Turquía.

El hecho de que muchos inmigrantes levantinos establecieran pequeños puestos en mercados o en locales independientes, con el apoyo de sus esposas e hijos, mostró gran contraste frente a la inmigración hispana, puesto que en los comercios de importación y exportación formados por españoles difícilmente participaban mujeres. Si bien en pequeños comercios de abarrotes, algunas esposas de hispanos laboraban con sus maridos, muchas de ellas eran mexicanas. Por otro lado, mientras que los establecimientos españoles, generalmente comerciaban con artículos regionales, como maderas, frutos o fibras, entre los libaneses el comercio tendió a especializarse en la mercería y la venta de paños y ropa. Así por ejemplo, en Puerto México residieron Joge Tubila, Elías y Julián Habib y Salomón Lufte; aunque destacaron los hermanos Athié como propietarios de una tienda de telas.<sup>44</sup>

Con anterioridad al estallido de la Primera Guerra Mundial, los inmigrantes procedentes del Levante llegaron a México con el objetivo de reunir algunos recursos económicos para regresar a sus provincias de origen, por ello su composición en un principio tuvo un fuerte componente masculino (71 por ciento), aunque como hemos señalado un gran número de ellos envió por sus esposas o por otros miembros de su familia cuando logró establecerse y solventar los gastos de traslado de los que vendrían después. Tal parece que las difíciles condiciones por las que atravesaban los inmigrantes libaneses, bajo el dominio otomano fueron un factor determinante en el establecimiento definitivo de sus familias en México.

El sistema migratorio empleado en estos casos no contó con ningún aliciente por parte de su nación de origen, ni por algún proyecto del Estado mexicano, incluso no contaron con una representación diplomática o institución formal de ayuda en el país, sino que paulatinamente se fue fortaleciendo una migración en cadena, organizada y apoyada pecuniariamente por la familia, lo mismo en sus áreas de origen que de destino. Los inmigrantes, generalmente, llegaron con escasos recursos al país, aunque algunos traían cierto

capital para establecer un negocio. Cuando los pioneros lograron cimentarse, desarrollaron mecanismos comunitarios para apoyar la venida de sus paisanos e incluso se encargaron de recibir a los más jóvenes en los puertos de llegada, al tiempo que los orientaban sobre algún posible derrotero en el país, como lo hizo Domingo Kuri en el puerto de Veracruz. El sistema también permitió que los jóvenes inmigrantes encontraran un primer alojamiento y un préstamo para iniciar su actividad.

Cuando menos en esta primera etapa, prácticamente todos los inmigrantes del Medio Oriente, a pesar de sus contrastes culturales y nacionales, se dedicaron al pequeño comercio en México, siendo que en su mayoría se iniciaron como vendedores ambulantes. Actividad que generalmente se extendía por un periodo de cinco a diez años, hasta que lograban establecer por su cuenta un comercio fijo mediante el ahorro, aprovechando, en cierta medida, su cartera de clientes conformada en el ambulante, aunque otros ofrecían sus referencias a sus paisanos que iniciaban su vida en México. Situación que beneficiaba a comerciantes establecidos y ambulantes, puesto que los primeros aseguraban la venta de sus mercancías en un mayor radio mercantil y los segundos adquirían productos a bajo precio o mediante el préstamo con sus paisanos. De tal forma, algunos libaneses establecidos con mayor éxito llegaron a fungir como mayoristas y prestamistas de los bienes que otros miembros de la comunidad vendían en el país. Fenómeno que, si bien estuvo presente en otras minorías extranjeras en el país, durante el periodo 1880-1914 los inmigrantes más acaudalados del Medio Oriente al parecer no ejercieron un control demasiado férreo al interior del grupo, ni estuvieron vinculados a la elite política del país más allá de algunos nombres aislados.<sup>45</sup>

Seguramente el comercio ambulante, el escaso control de precios, derivado de la venta en abonos —que liberaba y ampliaba el margen de ganancias mediante arreglos particulares— y el cuidado que tuvieron —al respetar rutas y días de mercado de sus compatriotas en ciertas localidades— permitieron una más rápida y libre

<sup>44</sup> Julián Nasr y Salim Abud, *op. cit.*; Alv. F. Salazar (ed.), *op. cit.*, p. 190.

<sup>45</sup> Delia Salazar Anaya, *op. cit.*

expansión de los inmigrantes del Medio Oriente en México, a diferencia de lo que sucedió con otros grupos de extranjeros dedicados al comercio de alimentos perecederos, como los españoles. Por otro lado, no faltaron aquellos que compraban sus productos a comerciantes mayoristas de otros orígenes que distribuían bonetería en el país, como fue el caso de los franceses. Aunque la mayoría se comunicaba en lengua árabe y tuvieron que aprender algunas palabras del español en México, el grupo también estuvo integrado por individuos con cierto nivel educativo, muchos de los cuales conocían otros idiomas, lo que sin duda facilitó su actividad en México. Por último, el hecho de que muchos levantinos fueran cristianos, al igual que los españoles, fue asimismo un elemento que operó en forma benéfica para su buena inserción económica y social en el país.

La comunidad libanesa, cuando menos en la primera y segunda generación, logró consolidarse en México gracias al ahorro y una forma de vida austera. En ella tendió a predominar la endogamia, cuando menos en la primera generación, que “multiplicó los vínculos sociales, afectivos y económicos del grupo, estableciendo complejas redes parenterales”.<sup>46</sup> Es por ello que la familia jugó un papel central en la conformación de una comunidad cohesionada por fuertes lazos étnicos, más allá del papel que desempeñaron las instituciones formales, en las que sólo participaron algunos inmigrantes.<sup>47</sup>

#### A manera de conclusión

Aunque los inmigrantes hispanos y levantinos procedían del medio rural en sus naciones de origen, en los puertos del Caribe hispano gran parte de ellos incur-

sionó en el comercio. En ambos casos observaron una gran especialización mercantil; los primeros, dedicados al ramo de alimentos al mayor y menor y, los segundos, a la venta de paños y bonetería al menor, que tendieron a expandirse gracias al auge económico que vivió la región durante las últimas dos décadas del siglo XIX y la primera del XX, derivado de la explotación de distintos recursos naturales, que detonaron al ritmo que fluyeron grandes sumas de capital externo e interno o se abrieron caminos gracias a modernos sistemas de transporte. No obstante, el flujo de inmigrantes procedentes de España y del Medio Oriente prácticamente no se asoció al flujo de inversión extranjera directa en el Caribe, como sucedió con los estadounidenses, britá-

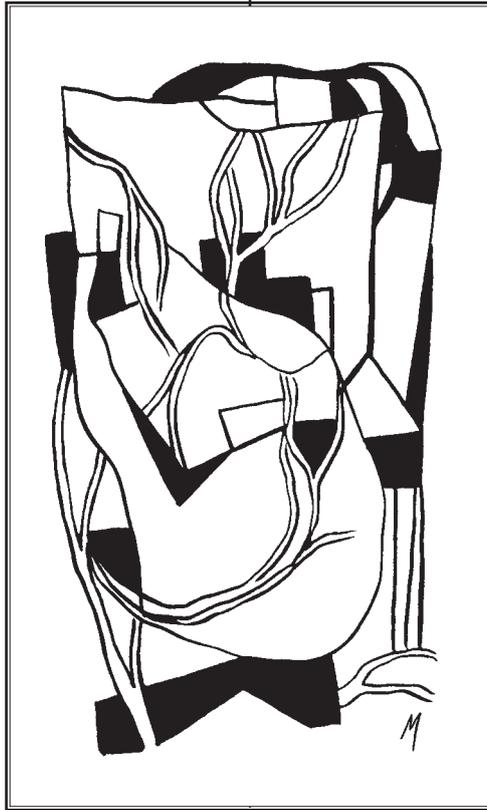


<sup>46</sup> Luis Alfonso Ramírez, *op. cit.*, pp. 189-190.

<sup>47</sup> Según Luis Alfonso Ramírez, en 1897 se fundó en Yucatán la Sociedad de Beneficencia Maronita, en 1902 Jóvenes Sirios y en 1907 la Asociación Patriótica Sirio-Libanesa; *ibidem*, p. 195, nota 59.

nicos, alemanes o franceses. En el caso mexicano, los capitales peninsulares hispanos prácticamente no tuvieron relevancia, frente a los montos aportados por Estados Unidos, Inglaterra, Alemania o Francia, aunque no faltaron algunas inversiones hispanas que fluyeron desde la isla de Cuba. De tal forma, el capital español en México, aunque no fue menor, en buena medida se generó en América, mientras que el imperio turco prácticamente no aportó inversión alguna en México y los escasos recursos que trajeron significativamente se acompañaron de los inmigrantes. Por el contrario en dichos casos más bien fluyeron remesas hacia sus naciones de origen.

Si bien en ambos procesos un comerciante establecido posibilitó el arribo de sus compatriotas, el cerrado nicho mercantil de los españoles provocó que los empleados y pequeños comerciantes del mismo origen tuvieran que pasar largos años engarzados a una red comercial controlada por los grandes comerciantes y financieros porteños. En cambio el sistema migratorio seguido por los comerciantes libaneses, basado en el ambulante y la venta de productos más diversificados y de menor costo, posibilitó que el grupo creciera con menos sistemas de control. Aunque la familia y la tradición cultural cobraron un peso significativo, lo que derivó en la práctica endogámica de la comunidad libanesa, hasta 1910 no se sabe de la existencia de fuertes ligas económicas entre paisanos. Si bien ambos procesos trajeron al país mayoritariamente a inmigrantes jóvenes, los libaneses tendieron a traer a sus familias en un lapso corto, mientras que los españoles permanecían célibes por un periodo más extendido, lapso durante el cual ahorraban los recursos necesarios para traer a sus familias o contraer matrimonio, aunque fue mucho más común que contrajeran nupcias con mexicanas, en muchos casos de ascendencia hispana.



Si bien los hispanos y levantinos llegaron al país con la intención de mejorar sus condiciones de vida, acuñar alguna fortuna y retornar a su patria, la llegada de un número más crecido de mujeres libanesas permitió que el grupo se integrara más rápidamente. En contraste, entre los españoles predominó la idea del regreso y el asilamiento, lo que se podía mostrar incluso en las mismas estadísticas migratorias, en donde el índice de repatriación fue mucho más alto que entre los libaneses. Sin duda las cruentas condiciones que enfrentaba la minoría libanesa en el imperio turco, en buena medida explican las razones por las cuales los libaneses tendieron a mudar su

residencia a México, mientras que en el caso español, la situación política en su nación de origen no resultaba un impedimento para el retorno, más allá de que en su mayoría fueron inmigrantes económicos.

Para concluir, durante el inicio del movimiento armado de 1910 los libaneses siguieron fluyendo a México hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial, mientras en ese mismo periodo, un amplio número de españoles optaron por la repatriación, sobre todo aquellos que habían logrado conformar grandes fortunas. Así, en 1914 sólo llegaron 1 393 inmigrantes hispanos al país, y la cifra de su salida fue muy superior, al llegar a 1 609. En tanto que entre los libaneses, llegaron 826 individuos y sólo salieron en el mismo año 406. Aunque en las historias migratorias de ambos grupos se muestran paralelismos, las circunstancias históricas específicas y la herencia cultural y étnica de cada uno muestra la singularidad de cada movimiento. Estas líneas sólo han perfilado dos casos de inmigrantes externos, que seguramente se enriquecerán con otras visiones comparativas sobre la diversificada gama de movimientos de población que en gran medida matizaron el entramado étnico y cultural de la población nacional en distintos momentos históricos.